

ADVERTENCIAS PARA LA ENSEÑANZA DEL LATÍN (pub. 1905)

**Gennaro Vico
(1715-1806)**

*Traducción del italiano por
Alfonso García Marqués (Universidad de Murcia)*

RESUMEN: Traducción de *Avvertimenti per l'insegnamento del latino*, escrito en fecha desconocida por Gennaro Vico, hijo de Giambattista Vico y sucesor suyo en la cátedra de retórica de la Real Universidad de Nápoles. Se trata de un autógrafo conservado en la biblioteca Villarosa, que Giovanni Gentile publicó en *Il figlio di G. B. Vico e gl'inizi dell'insegnamento di letteratura italiana nella R. Università di Napoli con documenti inediti* (Luigi Pierro editore, Nápoles, 1905; luego incorporado en sus *Studi vichiani*).

PALABRAS CLAVE: Giambattista Vico, Gennaro Vico, docencia del latín, Alfonso García Marqués [trad.].

ABSTRACT: Translation of *Avvertimenti per l'insegnamento del latino*, written on an unknown date by Gennaro Vico, the son of Giambattista Vico and his successor in the chair of rhetoric at the Royal University of Naples. This is a autograph preserved in the Villarosa library, which Giovanni Gentile published in *Il figlio di G. B. Vico e gl'inizi dell'insegnamento di letteratura italiana nella R. Università di Napoli con documenti inediti* (Luigi Pierro editore, Naples, 1905; later included in his *Studi vichiani*).

KEYWORDS: Giambattista Vico, Gennaro Vico, Latin teaching, Alfonso García Marqués [transl.].

PUBLICACIÓN ORIGINAL: GENNARO VICO, *Avvertimenti per l'insegnamento del latino*, en GIOVANNI GENTILE, *Il figlio di G. B. Vico e gl'inizi dell'insegnamento di letteratura italiana nella R. Università di Napoli con documenti inediti*, Luigi Pierro editor, Nápoles, 1905, pp. 177-181; ahora en GIOVANNI GENTILE, *Studi vichiani*, Le Lettere, Florencia, 2023, pp. 363-367).

Si el muchacho es, como se dice, de talento y promete un futuro brillante, el docto y perspicaz maestro debe preocuparse de no sumergirlo demasiado en los rudimentos de la gramática, que posteriormente podrá aprender, sino ante todo de ejercitarlo en las conjugaciones y declinaciones, y en los principales preceptos de la sintaxis. Y hacerle aprender todo principalmente en la interpretación de los escritores latinos, pues es grandísima la distancia entre el hablar de los gramáticos y el hablar de los latinos. Baste esto: al explicar al escritor latino, le haga hacer en cada miembro un minucioso análisis de las partes que lo componen, y no deje pasar ni siquiera la mínima partícula sin explicar sus propiedades y significación; y mediante la repetición hacerse cargo de ello. Después, obligarlo a poner por escrito la traducción del fragmento que ha explicado, a fin de que el muchacho muy pronto se acostumbre a concebir bien y a explicar noblemente las ideas. En efecto, no hay ejercicio más provechoso para la juventud que el de la traducción, dado que, teniendo el joven que traducir de una lengua a otra, y teniendo cada lengua un genio particular de concebir y, por tanto, de explicar las ideas, el joven se verá obligado a reflexionar y examinar el modo propio con que el escritor latino ha concebido y, por tanto, explicado ese pensamiento, para luego esforzarse por concebirlo y explicarlo según el gusto particular de su lengua nativa. Eso es lo que se llama espíritu de la lengua, que hace que sea tan difícil la adquisición de una lengua que resulte necesaria la entera vida de un hombre para poder conseguirla; debiéndose la diversidad de términos y vocablos juzgarse más bien como un mero juego de memoria.

En consecuencia, se ve claramente cuánta ventaja aporta a un joven el continuo ejercicio de las versiones, pues, además de conseguir el espíritu de la lengua desde el que traduce, sin darse cuenta adquiere también la norma de saber ordenar con naturalidad los pensamientos y, por tanto, de saber concebirlos con éxito y, por tanto, de explicarlos con nobleza y claridad, pues toda la dificultad radica en el concebir. Un pensamiento concebido con éxito será siempre fácilmente explicado: *Verba provisam rem non invita sequuntur* [Concebido el asunto, fácilmente siguen las palabras]. Por eso Cicerón dijo *Optimus dicendi magister stylus* [El estilo es el óptimo maestro del decir].

Oigo que se ha ejercitado en traducir a Cornelio Nepote y a Virgilio. ¿Por qué dos escritores tan próximos en el tiempo en que alcanzaron su madurez y tan lejanos por el género en que escribieron? No considero propio de un

muchacho, que apenas está aprendiendo el latín cotidiano, zambullirse en Virgilio, que, como poeta, busca alejarse cuanto puede, según el dicho de Cicerón, *poetae alia lingua loquuntur* [los poetas hablan otra lengua]. Sería lo mismo que si, para hacer aprender a un extranjero nuestra cotidiana lengua italiana, se le pusiesen en las manos a Petrarca, Tasso, Ariosto. Los poetas, dado que *alia lingua loquuntur* [hablan otra lengua], deben reservarse para el final. El método adecuado para instruir a la juventud en el estudio de la lengua latina sería enseñarle primero la lengua latina cotidiana y familiar, y para eso ella debería recurrir a sus dos purísimas fuentes inagotables, Plauto y Terencio, siendo los argumentos de las comedias acontecimientos que se centran en el uso de la vida privada. Ahora bien, no se debe, para enseñar la pureza de la lengua cotidiana, exponer a la juventud al peligro de corromper la pureza de las costumbres, que es lo que más debe interesar. Evítese este escollo y sustitúyanse por las *Epístolas familiares* de Cicerón, allí donde los temas sean más o menos los mismos. Y he aquí que el joven adquiere el discurso latino cotidiano.

Una vez que el joven haya adquirido el dominio de la lengua cotidiana privada, hay que ponerle en las manos los elegantísimos *Comentarios* de Julio César, con los cuales adquirirá la lengua pública, tan necesaria para las artes de la paz y de la guerra. En ellos la conseguirá en su máxima pureza y claridad, que es tan grande que mereció el gran elogio de Cicerón, quien, hablando de los *Comentarios* de César, dice que los dejó inacabados para que hubiera alguien que después completase su historia. Pero luego añade: *stultis gratum facere potuit* [pudo agradar a los necios], porque los hombres doctos y perspicaces desesperaron de poder escribir una historia con aquella limpieza y elegancia con que César escribió sus *Comentarios*.

Y Virgilio fue el único entre los latinos que no solamente sostuvo, sino que incluso reivindicó la gloria del nombre romano contra la soberbia de los despectivos griegos, que solían distinguirse de todas las demás naciones. Y eso con alguna razón en relación al ingenio de su lengua, cuyo aprecio los romanos mismos confesaban con suma ingenuidad, pues llamaban bárbara a la majestuosa lengua latina siempre que querían compararla con la lengua griega. Entre otros testimonios, está el de Plauto en la comedia titulada *Asinaria*, donde dice en el Prólogo que el autor de aquella comedia era Demófilo, poeta griego, y que M. Accio Plauto la había traducido al latín: *Demofilus scripsit, Marcus vortit barbare*, o sea, *latine* [Demófilo la escribió, Marco la

vertió a la lengua bárbara, o sea, al latín]. Así, al contrario, de golpe, los romanos pudieron reivindicar la gloria de su nombre oponiendo a toda la Grecia a solo Virgilio, pues toda la Grecia no había producido un ingenio tan excelente y casi divino, el cual *feliciter audax* [audaz con éxito] había conseguido ser igualmente admirable en todos los tres caracteres del decir: en el tenue y el humilde de sus *Bucólicas*, en el florido y adornado de las *Geórgicas*, y en el grande y sublime de la *Eneida*.

Y Torquato Tasso se atrevió a imitarlo, y logró éxito solo en dos de ellos. Es constante entre todos los escritores de cualquier género, que quien ha triunfado en uno de los tres estilos no ha logrado destacar en los otros dos; y así, recíprocamente. Y, de hecho, lo mismo sucede en la pintura, que es hermana de la poesía: *poema est pictura loquens, mutum pictura poema* [el poema es una pintura que habla; la pintura, un poema mudo]. Los príncipes de las tres famosas escuelas que hicieron resurgir tan felizmente la pintura en Italia, Rafael de Urbino en el carácter tenue y delicado, Tiziano en el complejo y carnoso, Miguel Ángel Buonarroti en el robusto y nervudo, ninguno de ellos traspasó los confines que se había prescrito.

No digo ya de Horacio, quien en su lírica no solo intentó competir con Píndaro, sino que forjó una forma de decir totalmente nueva y toda de su cuño, tan inimitable que después de que floreciesen entre los latinos muchos nobles poetas, ninguno osó escribir en aquel género de poesía, en la que Horacio *summum tetigerat* [había alcanzado el máximo], tan inimitable que puede decirse que él fue el primero y el único que lo consiguió.

Finalmente, por retornar al asunto y dar razón de por qué los poetas deban reservarse para el final, dado que su habla es lejanísima de la cotidiana, intento excluir en relación a la locución a los poetas cómicos, los cuales solamente son poetas en cuanto a la invención de la fábula, sin embargo, en lo que pertenece a la locución, deben usar una demasiado vulgar, como arriba se ha dicho.

Después, hacerlo pasar a la enseñanza de quien busca elevarse un poco sobre el habla cotidiana, y a este primer grado le sigue la locución oratoria, la cual, aunque debe ajustarse al sentido común, debe usar una forma de razonar más culta y elaborada, de manera que pueda ser entendida por el hombre común; y, a partir de ahí, pasar al estudio de las *Oraciones* de Cicerón.

Una vez que el joven haya sido formado en los oradores, introdúzcase en la historia, la cual utiliza una locución situada a medio camino entre la locución oratoria y la poética. Esto se debe a que el historiador debe desempeñar

dos papeles en la comedia: el papel de orador, en las alocuciones que los generales dirigen a los ejércitos y los magistrados a los pueblos, como las admirables de Livio; y debe asumir el papel de poeta en las descripciones de batallas, asedios y tomas de ciudades. Por eso, Cicerón dice que *in historia funduntur verba prope poetarum* [en la historia las palabras fluyen casi como las de los poetas], no absolutamente poéticas, sino *prope poetarum* [casi poéticas].

Finalmente, se debe hacer que el joven pase a la lectura de los poetas, cuya habla está muy alejada de la cotidiana, ya que, así como deben deleitar con la novedad de las fábulas, también deben hacerlo con la novedad de la locución, de cuya admiración nace el placer. Utilizan formas nuevas de expresión que embriagan el alma con placer; recuperan palabras antiguas y en desuso, que, precisamente por estar en desuso, parecen nuevas cuando se vuelven a emplear; adoptan palabras extranjeras que, al igual que las modas extranjeras, suelen deleitar; y cada uno se forja un nuevo estilo de expresión. Y aquí está lo que dice Cicerón: *Poetae alia lingua loquuntur* [Los poetas hablan otra lengua]. Este sería el método provechoso para la juventud en la lectura de los escritores latinos...

Traducción del italiano por Alfonso García Marqués

